

Blanca Álvarez

# La partitura rota



Cuarteto de cuerda 

ANAYA   

1.ª edición: octubre 2011

© Del texto: Blanca Álvarez González, 2011  
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2011  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:  
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-667-9421-3  
Depósito legal: M. 26.264/2011  
Impreso en ANZOS, S.L.  
La Zarzuela, 6  
Polígono Industrial Cordel de la Carrera  
Fuenlabrada (Madrid)  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas  
por la Real Academia Española en la nueva **Ortografía  
de la lengua española**, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,  
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran,  
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,  
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada  
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,  
sin la preceptiva autorización.*

# *La partitura rota*

*Blanca Álvarez*

*Cuarteto de cuerda* 

ANAYA

*Yo sé que existo  
porque tú me imaginas.*

*.....*

*Pero si tú me olvidas  
quedaré muerto sin que nadie  
lo sepa.*

ÁNGEL GONZÁLEZ

**L**AS RODILLAS, la espalda, las muñecas, los hombros, el cuello... ¡Me cruje todo el cuerpo!

—¡Merde!

Ya hablo sola. Terminaré tumbada en el sillón de un loque-ro antes de los treinta. ¡Ocho días de nada! Maldita historia, dejo de tocar ocho días y tengo que empezar de cero. Y con este dolor de cuello, de espalda, de brazos... ¡De alma!

—Dudo mucho, amor mío de madera, que una apasionada aventura de carne y hueso sea más exigente que tú.

¿Le hablo al chelo? ¡Estoy pirada!

—¡Me largo!

Lo grito para darme ánimos, o para no sentirme culpable por no seguir tocando. ¡Manda narices! He tocado con fiebre, con dolor de muelas, con reglas terroríficas... ¡Está prohibido dejar de tocar! Primer mandamiento. Claro que el segundo es: tocarás así te mueras; el tercero: amarás al chelo aunque te parta la espalda; el cuarto: no asesinarás al profesor de música aunque te esté torturando; el quinto: nunca te quejarás... Y así, hasta el infinito, pero, en realidad, se resumen en dos:

Amarás al instrumento como a ti misma.

Serás una parte suya hasta la muerte.

—¡Y sin divorcio! —lo grito y casi suelto una carcajada. En serio, estoy muy grillada—. Vale, amor mío de madera, hasta la muerte, ¡lo juro! —Me río. Me viene bien.

He regresado furiosa de las vacaciones navideñas, y solo sirvieron para tener un buen broncazo con Futter. La fría Cloe se ha quebrado, ¿alguien se lo puede creer? Tengo diecinueve tacos, y llevo trece de ellos sometida, esclavizada mejor, a un instrumento que ni me abraza, ni me pregunta cómo me siento. París me ha sentado como una pedrada en el hígado, y lo que queda de mi familia, esa que lleva años desmoronándose, ha sido como una lavativa de jabón.

—¡Mierda, remierda!

Nunca he soportado las navidades. Que conste que iba con buen ánimo, contenta con mi vida y mis tres inseparables del cuarteto que, a estas alturas, ya parecemos hermanas. Me fui con ganas de pasar de todo y regresar a mi mundo, que es este y está aquí, pero «la llamada» de la sangre, que parece la llamada de la selva, me hizo volar a París, con la cabeza baja, y soportar el teatro, vodevil sería mejor, que mi santa madre había dispuesto. ¡Un marrón en toda regla! Debí haberme puesto seria y decir que no dejaría sola a Eugenia, que casi se frota las manos alegando su artrosis para no coger un avión.

*Cloe, he llegado a una edad en que ya puedo hacer lo que me dé la real gana sin que me obliguen a cumplir con nada.* Me soltó cuando intenté convencerla. Y se reía por lo bajinis. ¡Cómo la envidié! Pero claro, a los diecinueve aún te tienen que cubrir los gastos ¡y lo cobran! Eso sí, me fui sin un puñetero regalo para nadie.

Me tropecé de cara con mi fascinante familia, en pleno corro de divorcio culpable e hijas a quienes torear en beneficio de

cada uno. Por puro ego, porque, en el fondo, les importa una flauta, menos que una flauta, lo que sentimos o pensamos.

—¿Divorcio? —pregunté intentando superar el cinismo de mi madre—. Pero si lleváis años separados. ¿De qué va esto?

—Chloé, cariño...

—Por favor, Cloe, mamá.

Hacía años que mi madre mantenía la tonta costumbre de nombrarme a la francesa, con el acento en la «e», y no como yo había decidido que fuera mi nombre. Su personal manera de intentar colocarse por encima.

—No entiendo esa mala costumbre. —Suspiró, se limpió los labios y bebió un sorbo—. En fin, contestando a tu pregunta, la cosa va de ordenar civilizadamente un triste fracaso. Y, sobre todo, pensando en vosotras, niñas.

¡Casi vomito! Seguro que mi madre había encontrado un candidato más acorde con sus nuevas necesidades. Mi padre, como siempre, mudo; Sylvie sin inmutarse, la niña ha salido de hielo. Le irá bien en la vida.

—Mamá, querida. —Me miró con ganas de estrangularme—. ¿En serio te preocupamos? —Abrió más los ojos—. Tus hijas, quiero decir.

—¡Hija, por Dios!

Miré a mi padre. Esperaba una palabra, una protesta. Nada. Miraba su plato como si fuera la parte más importante del universo. Creo que aún lo detesté más. Yo hubiera preferido un padre como el abuelo, con enfados cada vez que ve a Sarkozy en la tele, poniéndose rojo cuando ve muertos en los informativos y apretando los puños ante cada injusticia. En definitiva, viviendo solo y sin plegarse a nada ni a nadie. Mi padre era un esclavo, uno de esos seres sin ánimo ni para

quejarse, capaz de cualquier cosa para evitar una discusión. Y Thérèse, o sea mi madre, o lo tenía hechizado o totalmente atontado. Pese a los casi cinco años separados de hecho, ella continuaba decidiendo incluso sobre su vida profesional.

—Procura no perder los modales, *chérie*. —Y me sonrió como si formáramos una perfecta familia que, durante la cena, planea sus próximas vacaciones.

—Porfa, Cloe, pásame el agua —pidió Sylvie, monísima y sonriente. Casi se la tiro a la cara—. Papá —le cogió una mano—, me podrías prestar alguno de tus viejos libros, es para un trabajo, una comparación entre los métodos antiguos y los modernos...

Con solo trece añitos y ya era una maestra en el arte de moverse en sociedad. ¡Sería una perfecta arpía!

Thérèse sonrió: aquellas eran sus niñas, perfectas, educadas, monas, incluso artistas. Apoyó la barbilla sobre las dos manos levemente cruzadas, nos miró y suspiró.

Nos educó desde la más fría distancia. Nos convenció de que todo era maravilloso y perfecto si se cumplía con su primer mandamiento: mantener, siempre y en toda condición, el comportamiento adecuado sin perder ni las formas ni la cortesía.

Eso sí, cortésmente, podías envenenar a quien quisieras.

Las manos de mi madre siempre están frías cuando me toca la cara o juega con sus dedos entre los míos.

En momentos como aquellos se me afilan los colmillos. Lo juro.

—¡Mierda! —Regreso a la realidad de mi apartamento, la envidia de cualquier chica de mi edad.



Pues no pienso ni encender el móvil, total, seguro que hay varios mensajes de mi santa madre para recordarme que me llevará a los conciertos de Viena, a Toulouse y sus órganos... ¡No se cansa! Las del cuarteto también andarán llamando, pero no tengo el cuerpo para mantener esta pose de cínica fría, medio rayada, vestida de luto y harta de casi todo.

—¿Y tú qué? —le suelto al chelo como si estuviera vivo—. ¿Las echas de menos? —grillada, estoy grillada.

Soy injusta con ellas, son lo mejor que me ha pasado últimamente, después de la vieja amistad con Celia.

Tampoco pienso seguir torturándome con el chelo. Si no fuera tan antigua, abriría un *blog* y relataría la vida superdura de una chelista sin vida propia. No los soporto, me parecen indecentes, es como recortar la falda o bajar escote para que te miren. Tampoco entro en la categoría de enganchadas al *Facebook*, prefiero la compañía de mi conocido instrumento. Además, me agotaría eso de crearme una personalidad atractiva para los demás:

«Diecinueve años, francesa, estudiante de Chelo, uno setenta y dos, noventa, sesenta, ochenta; ojos y pelo negros». Así puesto, suena genial. Como diría Celia, siempre más de pecho que de cadera. En realidad, mi cuerpo tenía más de anguila que de mujer, sin una curva peligrosa, vaya.

¡Me largo! Y, de paso, que le vayan dando morcilla a todo.

En días «filosóficos» como el presente, me sube la depre y siento un vértigo de abismo abriéndose a mis pies.

Di un portazo que sonó como una bofetada.